

ideologías, credos ni regiones. Actuando en consecuencia, José Portaccio Fontalvo le dedicó todo un libro, el tercero dedicado a Lucho Bermúdez (precedido por los de José Arteaga y Carlos Arango, quienes, como dicen los periodistas deportivos, quedaron en deuda con la afición). Continuando las características de sus trabajos anteriores, Portaccio escribió un libro de texto para secundaria que utiliza fuentes más variadas que los anteriores biógrafos de Lucho Bermúdez (entrevistas, conversaciones) y hace una presentación descriptiva de uno de los grandes personajes de la cultura popular y la vida nacional. En este sentido, es un esfuerzo meritorio.

La investigación de Portaccio incluye una mirada al entorno que lo vio nacer (El Carmen de Bolívar) y a sus primeros pasos en tierras del Magdalena. Luego introduce una serie de temas que parecen insustituibles al hablar de Lucho Bermúdez: sus giras internacionales (Argentina, Cuba, México) y sus domicilios nacionales (Medellín y Bogotá), además de insistir en la Orquesta del Caribe, que muchos melómanos viejos consideran la mejor de sus agrupaciones, en el programa de radio *La Hora Costeña*, y en una abundante serie de datos que sirven de apoyo para un analista que intente estudiar el proceso y reconstruir el contexto. Se recuerdan los sitios que marcaron una época inolvidable, todos ellos hoteles: el hotel Granada, donde comenzó a salir de la provincia; el hotel Nutibara, donde se consagró como símbolo nacional, y el hotel Tequendama, donde culminó una carrera musical como pocas en América Latina.

Pero no todo ha de ser emoción y, ya esto sugiere la posibilidad de una perspectiva racional; esto es, de una lectura sociológica del libro de Portaccio. La historia de Lucho Bermúdez presenta elementos muy sugestivos para el conocimiento del país, y de la región costeña. Por una parte, Lucho Bermúdez era de pueblo, aunque no precisamente de extracción popular: su padre, amigo personal de Rafael Uribe Uribe y político liberal de cierto relieve, era

un reconocido intelectual de provincia (poeta, historiador, matemático) que llegó a ser rector de la Universidad de Cartagena. Además, provenía de una familia de músicos que van desde su tío abuelo, José María Montes, director de la banda municipal de El Carmen, hasta su pariente samario Andrés Bermúdez, abogado y pianista, amigo de Rafael Núñez y embajador en Francia, y tronco de una familia de indiscutibles méritos musicales. Por otra parte, El Carmen de Bolívar no era ese pueblo de monte y culebra que muchos suponen sino un pueblo con historia de renombre: su riqueza tabacalera contribuyó, junto con las influencias extranjeras, al desarrollo de un entorno bien dinámico y, finalmente, al nacimiento del porro y a cierta vida intelectual dedicada al cultivo de las artes literarias y musicales.



El paso de Lucho Bermúdez por el Magdalena, que todos sus biógrafos pasan por encima y que el propio Lucho mencionó muy poco, es un tema bien interesante y significativo. Allí vivió quince años cruciales, su periodo formativo nada menos, en un contexto francamente extraordinario: el de la Zona Bananera de los años veinte, el centro económico más importante del país y, por tanto, receptor de flujos migratorios nacionales e internacionales que le imprimieron a esa comarca un sello polifónico inconfundible. Durante ese tiempo experimentó influencias reconocidas como la banda militar de Santa Marta (donde tuvo profesores de clarinete que habían estudiado en Francia), pero también experimentó otras, tal vez un poco "non sanctas", aunque

definitivas en su formación: conoció las "academias" de Ciénaga y otros pueblos de la Zona, y donde se bailaba con unas "académicas" especialmente dispuestas a ese efecto, que cobraban por pieza bailada. Allí reinaba un ambiente poderoso donde realmente funcionaba la polifonía de tantos inmigrantes cubanos, jamaquinos, martiniqueños, cartageneros, gitanos, italianos, árabes, judíos sefardíes, ingleses, escoceses, franceses de Cayena y otras especies más: el ambiente de juglares negros como Chamber, Carlin y Digna Cabas, de juglares mestizos como Antonio María Peñalosa y Andrés Paz Barros, "el loco que hablaba con el sol", y como Esteban Montaña y Guillermo Buitrago y tantos más que no se conocen pero que alimentaron musicalmente a Colombia durante todo el siglo XX y todavía.

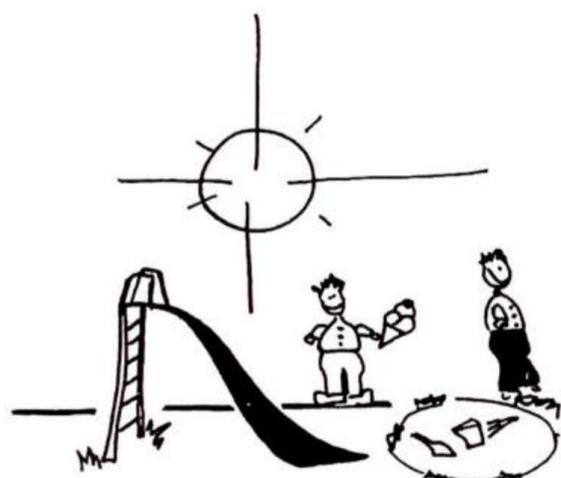
ADOLFO
GONZÁLEZ HENRÍQUEZ
Departamento de sociología,
Universidad del Atlántico

Un gran libro

**Rafael Reyes,
caudillo, aventurero y dictador**
Eduardo Lemaitre
Intermedio, Bogotá, 2002, 285 págs.

Nuestra historia ha sido turbulenta unas veces y otras bobalicona, pero siempre sembrada de infamias. Y quienes se han ocupado de ella han sido, por lo general unos señores negligentes y aburridos. No todos, por fortuna. Desde hace ya varios decenios algunos historiadores han dedicado sus esfuerzos y capacidades a hacer un trabajo indispensable y de gran importancia para conocernos mejor, y son las biografías de los dirigentes colombianos desde la independencia hasta ya bien entrado el siglo XX. Algunas de estas biografías fueron publicadas hace ya

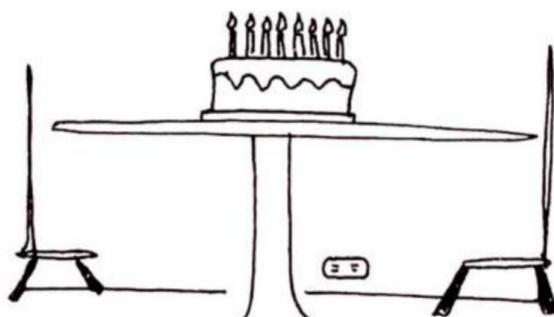
una buena porción de años, pero las editoriales han tenido el buen tino de reeditarlas. Las obras de Diego Castrillón Arboleda sobre el general Tomás Cipriano de Mosquera, o la de doña Pilar Moreno de Ángel sobre el general Francisco de Paula Santander —por no hablar del Simón Bolívar de Indalecio Liévano Aguirre— son obras que nos ayudan a comprender mejor no sólo el carácter de quienes han tenido las riendas del poder en sus manos, sino que analizan con hondura la época y las encrucijadas políticas que vivieron y su forma de afrontarlas.



Una de estas biografías —reeditada con muy buen criterio varias veces—, es la que a finales de la década de 1940 publicara el historiador cartagenero Eduardo Lemaitre, del general Rafael Reyes. En su prólogo a la edición de 1966 dice Lemaitre:

Hace ya casi veinte años, cuando yo escribí este libro, que no es un elogio de la dictadura como sistema político, sino la explicación de un dictador en una determinada época histórica, el nombre de Reyes estaba casi olvidado. Digo mal: todavía era un poco pecado pronunciarlo. Había que reivindicarlo, y esa fue la meta que yo me propuse [...] Pero ahora, al releerlo, le encuentro muchos defectos, y por encima de todos (una adjetivación encomiástica a veces excesiva, algunas apreciaciones políticas que con el paso de los años ya no comparto o he rectificado), por encima de todo, digo, lo que más me incomoda es encontrarme con que lo que afirmo en el prólogo de

la primera edición, el Reyes que yo he pintado en este libro es una figura en cuya trama psicológica no se trenzan sino las hebras nobles del valor, de la virtud y del patriotismo. Hay en mi obra un silencio o un disimulo criticables sobre algunos aspectos chocantes de la psicología de Reyes, como por ejemplo su indiscutible ambición de dinero, que fue el motor de sus muchas empresas comerciales; cierto cinismo rayano a veces en la crueldad para el manejo de los hombres; la explotación quizá abusiva que para fines políticos logró hacer de la imagen de sí mismo que había logrado crear como dinámico hombre de empresas; su manía protagónica que lo impulsaba siempre a ocupar los primeros planos, la astucia —sus adversarios le decían “hipocresía”— con que logró disimular su ambición de poder; y, por fin, el aprovechamiento que hizo —como quien entra al azar en un garito— de las oportunidades que salieron al paso para instalarse en el mundo de la política, al que había sido ajeno totalmente.



En una prosa impecable, don Eduardo Lemaitre nos pone en antecedentes de la vida de Reyes y de los acontecimientos del desbaratado país de la época, apenas comparable con la actual. Es además impresionante la manera como este hombre, huérfano de padre desde muy niño, se abre camino, dicta clases en Santa Rosa de Viterbo al mismo tiempo que se prepara y se inicia en el comercio que pronto lo llevará a establecerse en Popayán, en donde fundará una importante casa comercial con sus hermanos. Más tarde, y en pleno furor de la quina, decide irse en busca

de la corteza por las inhóspitas tierras del Putumayo —en unas expediciones sólo equiparables a las de Orellana—, llega al Brasil, donde es recibido con los honores de jefe de Estado por el emperador, y logra incluso navegar en aguas del río Paraná en unos vapores bastante estropeados. Las expediciones al fin no logran dar los frutos que supone su líder, pero es allí donde se templará el carácter de este hombre a quien nada ni nadie parece ser capaz de retener. Es en el último gobierno de Rafael Núñez cuando, siendo un militar incipiente, es encargado de comandar un batallón que ha de poner orden en Panamá y Colón —esta última a la sazón la ciudad más importante de Colombia—, en donde había unos levantamientos y la sublevación de unos generales. Este episodio culmina con el incendio de Colón, con gran mengua para la economía del país, por cuanto era el puerto por el que pasaba todo el comercio de la época y se establecía la banca y todos los negocios de la construcción del canal. Es entonces, de la mano del Regenerador, como Reyes entra en la carrera de las armas, demostrando sus dotes de estratega, que más adelante lo llevarán a la política. Antes de llegar al poder deberán pasar todavía la presidencia del decrepito Manuel Antonio Sanclemente y de José Manuel Marroquín y la secesión de Panamá. Y, como en la sombra, oculta, pero moviendo sus hilos, la figura perversa y arrogante de don Miguel Antonio Caro. Mientras tanto, también se suceden las guerras y las escaramuzas en las que Reyes continúa demostrando su arrojo y su valentía como militar. Hay en particular una batalla, la de Enciso, que le otorga gran reconocimiento en su momento. La llegada de Reyes vencedor a Bogotá se prepara con enorme expectativa. Surge la idea de hacer una colecta para regalarle a Reyes un sable conmemorativo, y Miguel Antonio Caro, que sabe muy bien del interés desmedido de Reyes por el dinero, suelta una de esas frases de mala leche que han caracterizado a nuestras aristocracias

cuando quieren enrostrarle a alguien su origen: "A Reyes denle lo del sable en plata, como el chocolate de las sirvientas".



Pasa la guerra de los Mil Días, Reyes ha viajado en varias ocasiones a Europa y a los Estados Unidos, unas veces como diplomático, otras como particular; ha realizado numerosas transacciones y negocios; es un hombre rico. El 7 de agosto de 1904 Rafael Reyes asume la presidencia de un país en ruinas y consumido internamente por los rencores y las hogueras humeantes de la guerra. Pronto las diferentes facciones de uno y otro partido comienzan a entorpecer sus intentos por recomponer el Estado y por reconstruir la economía. Reyes decide entonces cerrar el Congreso. Se hace, pues, dictador, pero, y esa es la tesis de Lemaitre, un dictador necesario para el momento, que asume su condición de manera magnánima, sin ánimos de venganza y manejando la situación con equilibrio y mano firme. Pronto su intuición en el campo económico comienza a dar resultados. Emprende la primera gran ofensiva en importantes obras de ingeniería, impulsa la navegación por el Magdalena, reconstruye caminos, hace puentes, se trazan las primeras carreteras. La carretera que todavía hoy en día comunica al departamento del Chocó con el interior del país, fue construida durante el gobierno de Reyes. Es un hombre de acción y bondadoso, aunque terriblemente astuto, y a quien no le temblará el pulso ante las situaciones azarosas. El 10 de febrero de 1906, en vísperas del matrimonio de

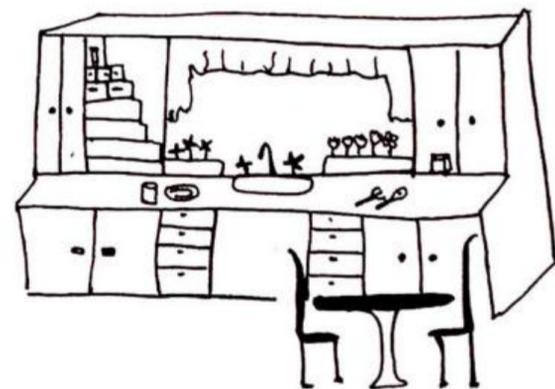
una de sus siete hijas, mientras daba un paseo con ella en su landó por lo que en ese entonces eran las afueras de Bogotá, unos jinetes los atacan y descargan contra ellos sus revólveres, con la buena suerte de que ambos salen ilesos. Los conspiradores son enviados a presidio en Mocoa y los sicarios son condenados, tras un breve juicio, a la pena capital, que era permitida en ese entonces por la Constitución, y se les ejecuta en el sitio de Barrocolorado —donde es actualmente la Universidad Javeriana—. Probablemente ése era el único camino a seguir en ese momento, como un acto ejemplificante y para evitar que el orden y la calma —apenas restablecidos— se vieran turbados de nuevo; pero marcó un hito en el gobierno de Reyes que sus enemigos y detractores no dejaron de aprovechar.

El 13 de marzo de 1909, tras seis años de gobierno, el general Rafael Reyes renuncia a la presidencia. Pero a las pocas horas, luego de algunos amotinamientos en la capital, reasume y gobernará hasta el mes de junio, cuando ya definitivamente deja el poder. Viaja al exilio en Europa y vive en diferentes países. A Colombia llegan las noticias de que está en Italia, luego en Austria... Tan solo vuelve al país en 1918, cuando el presidente José Vicente Concha le concede autorización. Pero ya será para pasar los últimos años de su vida al lado de sus hijas y sus nietos. El viernes 18 de febrero de 1921 murió. Momentos antes de su deceso pidió que lo vistieran, "porque quiero evitarles el trabajo de amortajarme", dijo.

En homenaje que le hiciera recientemente la Universidad de los Andes, el maestro Jaime Jaramillo Uribe nos habla sobre la importancia del conocimiento de la historia:

Nos sirve [la historia] ante todo para adquirir algo decisivo para nuestra educación personal y para nuestra actividad como ciudadanos. Nos da y es quizás el único saber que puede darnoslo, el sentido de la realidad, que parodiando lo que se ha dicho sobre el sentido común, es el

menos común de los sentidos. Otorgándonos ese precioso don, la historia nos libra de las muchas ilusiones y de las muchas utopías en cuyo nombre se han producido tantos acontecimientos trágicos e inútiles.



Ignoro si existan otras biografías sobre el general Rafael Reyes, pero de lo que sí estoy seguro es de que es muy difícil que superen a esta obra de Eduardo Lemaitre. Es un gran libro, sobre un hombre polémico, escrito por un gran escritor.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Demasiados silencios

**Silencios históricos del siglo XIX:
Ezequiel Uriceochea**

Inés Arias Arias

Antares Impresores, Bogotá, 2002,
236 págs.

Es necesario advertir que estamos ante un libro muy mal editado; con muchos errores tipográficos, como si no lo hubiesen sometido a una etapa de corrección. Además, está mal escrito, plagado de reiteraciones y, en los capítulos finales, con frases apresuradas e inconexas. Todo eso, sin duda, opaca cualquier esfuerzo argumentativo.

Puede comprenderse que Inés Arias Arias deseó explicar la vida y la obra de don Ezequiel Uriceochea a la luz del significado y de las implicaciones de la pugna entre lo que ella denomina "el absolutismo